
Los Siete Señores de la Guerra



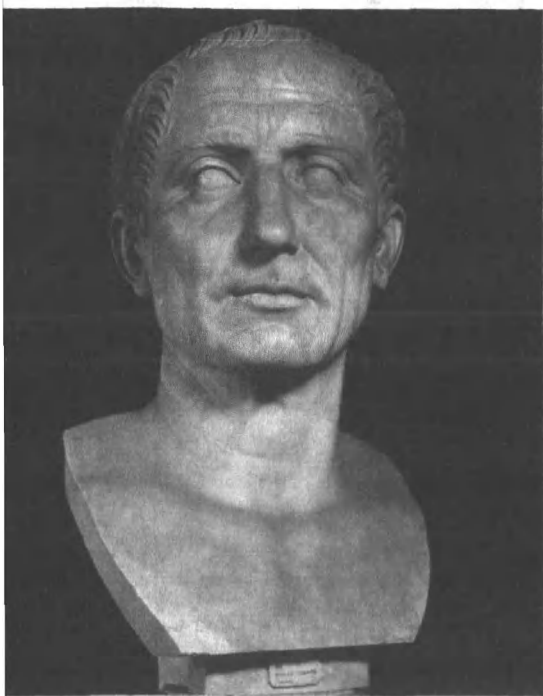
Hernando
Gaitán

"La historia es la lucha de la necesidad y de la libertad, y en este sentido constituye un problema ético y no mecánico".

Theodor Mommsen

Hacia el año 676 (78 A. de C), el Pretor Urbano Marco Lúculo, expidió una disposición para obligar a los propietarios de las grandes plantaciones de esclavos, a vigilarlos más de cerca, bajo la pena de verse condenados ellos mismos. El sentido y alcance de esta norma legal que hemos traído a cuento, pretendía coadyuvar a

CAYO JULIO CESAR



prevenir una revuelta social de los esclavos y proletarios, que matando y robando hasta el momento en beneficio de las gentes de alta alcurnia, revelaban síntomas alarmantes de que era inminente que realizaran estos desafueros, por su propia cuenta y en su propio provecho.

¿Qué había sido entonces de la Roma gloriosa que había acabado por vencer a todos los pueblos que osaron interponerse en su marcha conquistadora? La historia que se ocupa de aquéllos años nos informa que para entonces la ciudad de las "siete colinas" había coronado el edificio de su soberanía mundial. Desde las columnas de Hércules hasta las desembocaduras del Nilo y del Oronte, la consolidación de su imperio era un hecho cumplido.

Pero no hay duda que al extenderse por todo el mundo, habían quedado desvirtuados los grandes valores espirituales que le permitieron realizar tan gigantesca obra. Al universalizarse y llevar a los demás pueblos la cultura helénica, preservada y robustecida por sus propios aportes y experiencias, hubo de recibir de contragolpe los efectos de otras culturas, informadas por usos y prácticas que forzosamente transformarían su carácter austero y sus nobles tradiciones democráticas.

Los estados de la antigüedad, vencidos unos y subyugados otros, que se plegaron a acatar y obedecer la ley del clientelismo y corroidos todos por el cáncer de la esclavitud, contaminaron sus seculares estructuras, que habiendo pasado por un inevitable determinismo histórico,

se hallaban en trance de una transformación, tanto en su esencia íntima como en los hábitos y costumbres de los asociados.

Es evidente, que por las especiales condiciones de su economía social, el poder y la riqueza debían conducirla inevitablemente, a un excesivo incremento de la esclavitud. Y precisamente, por este aspecto peculiar de su producción, severamente afectada por las Guerras Púnicas, a causa de la prolongada incursión de las huestes asiáticas y mercenarias de Aníbal, Roma padeció más que ningún otro imperio del mundo antiguo, la absorción de un capitalismo absorbente y corrosivo. Y aun cuando a costa de terribles esfuerzos logró superar una tremenda conjunción de caos y desorbitación, provocados por la violenta insurrección de los esclavos, gladiadores, piratas y malhechores, su comercio y relaciones internacionales se quebrantaron por largo tiempo y el flagelo de la carestía reinó sobre toda Italia, auspiciado por el hecho incuestionable de que no podía vivir sin el trigo traído del otro lado de los mares. También es evidente, que su importancia política influyó tan activamente sobre su densidad de población, que tanto las cosechas agrícolas del país como las importaciones, fueron siempre insuficientes para satisfacer las necesidades.

Al adquirir Roma el gobierno del mundo greco-romano, tomó sobre sí una tarea grande y difícil, que no obstante entender plenamente en su alcance y proyecciones, no podrá cumplir a cabalidad. La doctrina política imperante hasta entonces se tornaría insostenible cada día más. Confinar el Estado a la ciudad y un poco más tarde a Italia, y no disponer fuera de este ámbito más que de pacientes y resignados clientes, sería también luchar contra lo imposible. Así debían haberlo entendido los estamentos rectores de su política. Pero este fenómeno sólo fue apreciado por las nuevas generaciones, que barruntaron, que en lugar del régimen clientelista, sería indispensable imponer en todas partes la inmediata dominación romana, respetando desde luego las libertades internas de las ciudades. Sin embargo, un egoísmo de cortas miras continuó prolongando por un tiempo más, el ejercicio de la dirección política dentro de estas adversas circunstancias, sobre un conglomerado de intereses económicos contradictorios en la propia península italiana, sobre una extensa periferia en donde bullían las inquietudes de las más opuestas e incontrolables agrupaciones étnicas, en trance necesaria-

mente de concretar su auténtica fisonomía y sus aspiraciones nacionalistas.

Dentro de esta equívoca concepción del momento histórico, no se puso manos a la obra con la decisión y rapidez que demandaban las circunstancias, en todos los frentes simultáneamente, sino que las provincias fueron anexadas conforme se iba presentando la ocasión, según el capricho, el azar, las ambiciones políticas y los apetitos de riqueza de las fracciones sociales y de los conductores militares.

La batalla político-económica que venían librando bajo diversas denominaciones la plebe, la nobleza, los potentados, los esclavos y los artesanos, propició y aceleró el derroche, la corrupción, el lujo y el libertinaje. Otro factor que influyó decisivamente en el cambio de las costumbres, fue la inmigración masiva de hábiles agricultores, tintoreros, tejedores, músicos, ingenieros, arquitectos, escritores y gramáticos, hombres y mujeres de inteligencia sutil y espontánea, que aprendían fácilmente, si es que lo ignoraban, todas las artes lícitas o prohibidas. Adquiridos como esclavos en Asia durante la Guerra de Oriente y vendidos a los mercaderes italianos, ellos fueron los primeros en difundir el nuevo lujo, apenas las familias romanas se dispusieron a gozar tranquilamente de lo que habían adquirido en los días de la revolución social o en los despojos en que participaron de las guerras de ultramar. Estos esclavos enseñaron a los dueños del mundo a no malgastar las riquezas conquistadas, en un lujo bárbaro o en la satisfacción de groseros apetitos, sino en refinar las costumbres, mejorar la agricultura, estudiar, gozar de las bellas artes y hacer más elegante el vicio mismo.

En Roma se formó una élite de funcionarios cultísimos y ajenos a la política; de millonarios que como Pompeyo y Craso se consagraban a la política por ambición, de jóvenes de antiguas familias nobles que habían rehecho su fortuna perdida en la revuelta social y de jóvenes de familias ricas de provincia, que luego de haber recibido educación esmerada en su hogar, iban a Roma en busca de la vida mundana o a conquistar la gloria de la elocuencia, de las magistraturas o de la dirección de la guerra.

"En este mundo lleno de arrogancia y de buenas maneras, cada cual debía poseer villas en el campo o en las estaciones balnearias. Era preciso poseer muchos esclavos, lacayos portadores de literas y lámparas durante la noche,

músicos, secretarios, bibliotecarios, copistas, médicos. Era preciso poseer obras de arte griego, mesas de Delfos, vasos de Corinto, tazas, candelabros, jarras esculpidas, estatuas, pinturas, bronce. Se habitaba en lujosas residencias o en palacios amplios y suntuosos como los de Lépido, Lúculo y Pompeyo, colmados literalmente de imitaciones, greco-latinas, con salas de recepción y de conversación, una biblioteca, una palestra, una sala de baño, ornamentos de estuco y pinturas murales. Se difundió el uso de la correspondencia por cartas y consecuentemente la necesidad de escribir a los amigos, la impaciencia de obtener contestación y de saber lo que ocurría en Roma y en el Imperio y la práctica de despachar continuamente esclavos a las regiones más distantes del imperio. Se invitaba frecuentemente a comer o a ir al campo; la hospitalidad generosa se hacía obligatoria; era preciso viajar, no ya con un pequeño cortejo, sino con numerosos esclavos. Aumentó el lujo de los funerales; se propagó la moda de las monumentales tumbas familiares, erigidas para atraer la admiración pública en los grandes caminos de Italia; el vestido se hizo más variado y suntuoso; aumentó el lujo de la platería, así como la variedad y el precio de los géneros. Para los ricos se formó un Código convencional de la elegancia, de las que estas clases son tanto más esclavas a medida que la civilización progresa, hasta perder el sentido de lo serio y de la realidad de la vida".

Esta era la Roma conquistadora, y sus hombres, salvo Catón y Cicerón, eran imagen y expresión auténticas de su época. Campeaba en ellos la ambición desmedida de poder y riqueza; el deleite por las cosas bellas; el ansia de placer; el refinamiento y los más exóticos vicios que forjara el Oriente.

Tres hombres, identificados en su ambición por alcanzar el poder y el dominio de todos los resortes del mando, se repartieron las zonas de influencia, contando con la aquiescencia de un senado débil y corrupto, que se lucraba con el éxito de las armas y con los despojos provenientes de los tesoros de los reyes vencidos. César, Pompeyo y Craso llenaron el mundo de su tiempo y cumplieron la misión trascendental de preparar el advenimiento del imperio, trocando la protección, la amistad y el clientelismo, por la sujeción y dominio de sus antiguos aliados. Los dos últimos, guerreros afortunados y hábiles políticos, lograron llevar a Roma la paz que la rebelión de los esclavos, la audacia de los pira-

tas que infestaban el mediterráneo y la encarnizada guerra librada con el rey Mitridates, le habían arrebatado. Sus grandes ejecutorias, ratificadas por el Senado, les confirió honores y riquezas pero su personalidad no logró ni la altura ni el brillo que distinguirían a César y a Octavio Augusto.

Cayo Julio César, cuya gloria militar iguala la de Alejandro, Aníbal y Napoleón, procedía de una de las más ilustres familias de Roma, pues se le daba a Eneas como antepasado. Su nacimiento, su prodigalidad, su atrayente personalidad, procuraron a Roma el máximo brillo y poderío a que no pudo llegar nación alguna del mundo antiguo. Esta egregia figura de la intelectualidad y de la guerra, manifestó una vez, "que más valía ser el primero en una aldea, que el segundo en Roma". Y cuando se atrevió a traspasar el Rubicón, su recio temperamento le hizo proferir: "Alea iacta est (la suerte está echada)". Este genial militar fue a la vez notable orador, historiador y político consumado.

En el reparto político que acordaron los Triunviros en el 57 antes de nuestra era, correspondió a César el consulado y un mando en provincias. Posteriormente en el 58 fue designado procónsul de las Galias Cisalpina y Trasalpina, con cuatro legiones. Su ejército comprendía la infantería regular de cuatro legiones aguerridas, con un total de 24.000 hombres, apoyados por los contingentes de súbditos locales. Su caballería estaba compuesta por algunos escuadrones de españoles y nómadas; las tropas ligeras consistían en arqueros y honderos de Creta y de las Baleares. Esto nos recuerda que los ejércitos romanos adolecieron siempre de falta de caballería propia para contrarrestar con este cuerpo de choque a los ejércitos montados del adversario. En su Estado Mayor, flor de democracia, predominaba la presencia de las más brillantes nulidades, impuestas por las conveniencias políticas. Salvo excepciones, como en el caso de Publio Craso y Tito Labieno, este ejército iría a depender en sus decisiones casi exclusivamente de su general.

Roma, para la época en que alcanzó su máximo esplendor, contaba con dos millones de habitantes. Entonces, todos los caminos y rutas del imperio conducían a la *Millareum Aurum* (Piedra Dorada), columna de mármol revestida de cobre dorado que se levantaba en el Faro Romano, al final de la vía Sacra; era el punto desde donde se medían las distancias a las principales ciudades sujetas al dominio romano. De allí debió salir

César conforme a la práctica instituida para los generales y gobernadores que partían a ocupar sus puestos en las 41 provincias.

En sus comentarios sobre la larga y dispendiosa empresa que había de realizar, corrobora la afirmación de algunos historiadores, de que la hegemonía romana se basaba en la conquista y en la matanza implacable: "8 años de continuas guerras; 800 poblaciones tomadas por asalto; 300 pueblos subyugados; un millón de muertos y otro millón de personas vendidas como esclavos. No es de extrañar tan terrible decisión de exterminio, si recordamos que Rómulo, legendario fundador y primer rey de la ciudad, asesinó a su propio hermano gemelo (Remo), al sentir menoscabada su autoridad.

La trayectoria militar de César difiere profundamente de la que realizaron los otros grandes caudillos en todos los tiempos. En las Galias ofrece una imagen polifacética. En ella se combinan las condiciones y aptitudes del estratega y del táctico, del administrador, del político y del organizador. En su primera campaña, librada con los helvecios que se desplazaban a través de la Galia en número aproximado a 368.000 individuos, cuya cuarta parte eran capaces de empuñar las armas, rumbo al país de los Sainctonge, no lejos de las costas del Atlántico, donde había pensado fijar su morada, se revela su rápida capacidad de acción, sus conocimientos de ingeniería militar, su visión certera de las peculiaridades del terreno y del rumbo y orientación de los movimientos. En circunstancias difíciles cuando sus tropas se vieron comprometidas ante un enemigo valeroso y resuelto, luchó a la cabeza de los suyos como cualquier centurión. Después de desbaratar a los helvecios en la batalla de Bibracta, librada cerca de Antina, capital de los eduos, usando de cierta magnanimidad, permitió que una de las agrupaciones helvecias, los bayos, se instalaran en territorio eduo, la más poderosa tribu de las Galias, a manera de colonia, en donde los vencidos de ayer, prestarían grandes servicios al imperio. Los restos de la caravana helvecia, una tercera parte aproximadamente, los devolvió a su país, donde bajo la protección de las guarniciones, defenderían la frontera del Rin superior contra las agresiones de los germanos. En el curso de las operaciones y para detener a los helvecios, ordenó la destrucción del puente de Ginebra y la fortificación de cuatro millas (alemanas) en la orilla izquierda del Ródano, mediante una cadena de reductos, unidos por muros y fosos, que en el futuro se aplicarían en

proporciones colosales para la defensa del Imperio contra las invasiones bárbaras, en las distintas fronteras.

Tras esta primera expedición César se volvió contra los germanos comandados por Ariovisto, que controlaban el Rin medio, permitiéndoles rivalizar con la influencia romana en las Galias. Como el lenguaje imperial de César tropezó con la altivez y aparente igualdad en poder y derecho que exhibió el jefe Germano, las negociaciones que ambos habían provocado constituyeron un total fracaso. Entonces sólo las armas podían decidir entre los dos dominadores de las Galias. Pero cuando el romano ordenó a las legiones marchar contra Ariovisto, el pánico se apoderó de sus hombres con sólo pensar que iban a enfrentarse a las bandas germánicas, que por espacio de 14 años no habían dormido bajo techo. Ante este brote de indisciplina y desmoralización, César previó la inminente desertión y la insurrección. Para contrarrestarlas, con su habitual elocuencia les declaró, que si era necesario iría a buscar el enemigo con la décima legión solamente. Arrebató a ésta con un llamamiento al honor y arrastró a los demás tras sus águilas por el sentimiento de una emulación belicosa. Su aliento y energía se trasladaron al pecho de sus soldados.

Ante esta reacción de moral, sin pérdida de tiempo, los condujo a marchas forzadas y adelantándose a los germanos ocupó Vesotio, hoy Besancon, capital de los secueneses.

En el país de Mulhouse, en la alta Alsacia, acampanaron los dos ejércitos, a poca distancia uno de otro y a una milla del Rin. En tanto que los germanos permanecían a la expectativa, el general de la República, pese a su inferioridad numérica, hizo pasar por delante de aquél dos legiones, que tomaron posición más allá del campamento. El, con las otras cuatro legiones hizo cara al enemigo. Viendo Ariovisto dividido el ejército romano, marchó seguro de sí mismo y compacto contra el enemigo; Este, se colocó en una larga fila de batalla, formando cada tribu una división y colocando a las mujeres y niños y los bagajes detrás para hacer la huida imposible. El ala derecha romana bajo el mando directo de César irrumpió en las líneas enemigas; en el ala izquierda obtuvieron los germanos igual resultado. Ante esta igualdad de circunstancias, la superior organización de los romanos, que disponía de reservas, aseguró la victoria contra el ejército germano que había comprometido todos sus efectivos desde un comienzo. Ante el

empuje del cuerpo de refresco, el enemigo rompió filas y se retiró perseguido por los romanos hasta el Rin. Ariovisto buscó refugio en la otra orilla del gran río germano, que veían por primera vez los hombres de Italia.

Con este brillante hecho de armas los galos quedaron como paralizados y la paz se abrió campo en todo su territorio. La suerte de los emigrantes germanos de la orilla izquierda del Rin quedó al arbitrio de César, que nada hizo por destruirlos, sino que les arrancó condiciones de paz favorables a la República.

Las victorias alcanzadas hicieron pensar a César que había llegado el momento de obligar a los Galos a que aceptasen la dominación romana. Pero este valeroso y altivo pueblo puso a su destino en la balanza de la guerra y se empeñó en la lucha. Con sus legiones ya fogueadas y con su moral muy alta, el Jefe romano en encarnizada batalla dio cuenta de los belgas que a pesar de disponer de 300.000 hombres, frente a sus ocho legiones, no pudieron quebrar sus fortificaciones en una meseta inatacable al Norte del Aisme, no lejos de Pontavert, entre Reims y Laón. César, que presintió que los galos con un ejército tan heterogéneo y con un mando dividido, terminarían por disgregarse, presenció desde sus reductos cómo la gran masa enemiga se dispersó conforme a sus diversas agrupaciones. Faltos de avituallamiento, los bellocos, los suesiones y los otros pueblos coaligados emprendieron una retirada que se convirtió en desbandada ante la vigorosa persecución de las legiones que terminaron por aniquilar a todas las divisiones que quedaron rezagadas. Igual suerte corrieron los nervianos y los viromandos, que desmoralizados por la táctica romana se dejaron acuchillar hasta el último junto con sus comandantes, en la alta Sambra, cerca de Bavay. Según sus propios informes, de 600 que eran sus senadores, sólo tres sobrevivieron.

A continuación llegó su turno a los armónicos y los vénetos, que dueños estos últimos de los puertos de Moribán y poseyendo una escuadra numerosa, ocupaban el primer rango entre los galos. Toda la costa, desde las bocas del Loira hasta las del Rin, se unió para combatir a los romanos. Por mar y por tierra dos lugartenientes de César, Labieno y Quinto Tiberio Sabino al frente de sus legiones, dirigieron el ataque principal. Una flota integrada por numerosas galeras de las tribus aliadas, al mando de Décimo Bruto, saliendo por la desembocadura del Loira aco-

metieron a la escuadra enemiga en la Costa de Bretaña. Pese a que sus barcos eran inferiores a los de los coaligados, de más altos bordos y con marinos muy bien entrenados, la proverbial iniciativa romana había dotado a sus naves de hoces puntiagudas y cortantes colocadas en palos largos que cortaban las cuerdas que unían las velas a los mástiles. Privados así de su velamen los cascos inertes de los barcos galos fueron destruidos casi en su totalidad. Este brillante éxito naval fue el más antiguo que registra la historia en el Océano Atlántico.

César había logrado en su intenso batallar de varios años, el asentamiento de los helvecios, la derrota de Ariovisto y la sumisión de los belgas, nervianos, armónicos, vénetos y demás pueblos galos. Sin embargo, César con el propósito de asegurar sus conquistas mediante comunicaciones entre Italia y España y culminar la obra realizada por Pompeyo en la Galia Transalpina, estableció firmemente una ruta que partiendo del Po y pasando a los Alpes por el Norte de la cordillera, ligase la Galia Cisalpina a la Galia Central. En esta obra fue secundado activamente por su lugarteniente Publio Craso.

Para culminar su empresa de las Galias reemprendió la conquista de la isla de Bretaña cuyo suelo ya había sido alcanzado por Publio Craso en 697. Este que había partido desde las orillas del estrecho hasta las islas de Estaño, (las Casitérides), islas Scilly, no pudo por circunstancias atribuirles a su escaso potencial militar, realizar una formal ocupación de esta región, poblada por gentes belicosas e indómitas. Tampoco logró cumplirla César en su primer desembarco al frente de dos legiones. Ante esta infructuosa tentativa, por segunda vez con una flota de 800 velas, cinco legiones y 2.000 caballos logró hacerse fuerte en una amplia zona, que aún cuando no colmó todas sus aspiraciones, permitió que en lo sucesivo se lograra impedir el apoyo que los bretones pudieran prestar a las insurrecciones galas. A su regreso a las Galias hubo de confrontar los efectos de una total rebelión encabezada por el valeroso caudillo Ariovisto, a quien debió vencer después de una tremenda lucha, que concluyó con su rendición en la ciudad de Alesia, después de un sitio en que el valor y los reductos de defensa fueron al fin superados por la obstinación y las máquinas de asedio romanas.

El sistema aplicado para vencer a los galos tuvo consecuencias nunca antes alcanzadas en las demás regiones conquistadas. Vencidos en

todos los frentes de lucha, entraron en la civilización de los vencedores estos futuros franceses; desaparecieron los conflictos internos y sus gentes, más que ningún otro pueblo, asimilaron la nueva cultura en tal grado, que llegaron a ser galoromanos, perdiendo así el recuerdo de su antiguo estado.

Con la madurez que distingue a los hábiles políticos, el vencedor de los galos y bretones, puso sus ojos y su mente en convertirse en el primero en Roma, aun cuando hubiera de enfrentarse a Pompeyo, el gobernante único, que con la muerte de Craso en la guerra contra los partos, logró que el senado lo exaltara a esta distinción. Mediante las noticias que desde Roma le procuraban sus parciales, pese a la guerra, siempre estuvo bien informado del curso de la política y del poder de su futuro contrincante. El choque de estas dos personalidades se hizo inminente y los partidarios de ambos jefes se encargaron de precipitar los acontecimientos. En este enfrentamiento, César llevaba la ventaja de disponer de un ejército veterano que apreciaba, admiraba y seguía ciegamente al hombre que lo había conducido a la victoria en un continuo batallar de ocho años. Pompeyo contaba con la legalidad, pues lo apoyaban el Senado, los burócratas y los altos estamentos sociales y económicos, así como los políticos que inspiraban los destinos de la República. Disponía, como gobernante, de los cuerpos de ejército destacados en las distintas guarniciones, aun cuando algunos simpatizaban abiertamente con César.

Las negociaciones que éste emprendió ante Pompeyo y el Senado culminaron en un completo fracaso, pues fue conminado a licenciar sus tropas y a acatar las órdenes que le fueron impartidas. Ante este descalabro político y sabiendo, sin lugar a dudas, "que la suerte estaba echada", al frente de su ejército cruzó el Rubicón y se encaminó a Roma por la misma vía que solían hacerlo los generales romanos para celebrar el ambicionado triunfo.

Su personalidad había crecido y madurado en sus ocho años de ausencia, como para enfrentarse a Pompeyo. Con su aguda percepción de los acontecimientos había sabido tolerar los ataques directos o velados de sus adversarios, convirtiéndose así en agredido ante la opinión y haciendo recaer en su adversario el carácter de agresor. Su unidad de mando se manifestaba en toda su fuerza por la misma eficacia de los instrumentos empleados. El ejército que comandaba constaba de nueve legiones de infantería

—aproximadamente 50,000 hombres— cuyas dos terceras partes habían participado en la campaña de las Galias. La caballería, compuesta de soldados germanos, amaestrados y probados en la lucha contra los galos, constituía un arma temible. Ellos sabían que para su jefe sólo tenían significación el vigor físico, la preparación y la férrea disciplina en los tiempos de guerra. Convencido César de que un ejército no debe ser más que una máquina inteligente, rápida y con facilidad de movimientos, no dudaba que ella sería la base sólida en que se asentaba la estructura militar por él creada sobre los campos de batalla y que a no dudar le permitiría arrollar toda la oposición que pudieran desatar sus contrarios. Inflexible con sus soldados frente al enemigo, en las demás ocasiones, especialmente después de la victoria, les daba rienda suelta, permitiéndoles usar perfumes, brillantes, armas y otras cosas parecidas en su atuendo personal.

Pompeyo, cuyos éxitos militares había logrado más que todo frente a ejércitos de reyes y príncipes sin mayor preparación combativa, disponía de siete legiones en España, fuertes bajo todos los aspectos que implicaba entonces el arte de la guerra y que se apoyaban para un plan de campaña total en los cuerpos de tropa estacionados en Siria, otras regiones de Asia, Macedonia, Africa, Sicilia y en algunos lugares más distantes, pues estaban aleccionados para acudir en oportunidad a cualquier concentración que decretase el Senado. Pero a más de sus facilidades para realizar una eficiente maniobra, en Italia contaba con cerca de 60,000 hombres al mando de sus mejores generales. Su carácter presuntuoso, acostumbrado siempre a vencer y a ejercer el mando sobre todos sus conciudadanos, lo llevó en esta ocasión a afirmar públicamente, que golpear con el pie el suelo de Italia, equivalía que al punto brotaran de él jinetes e infantes. En su apoyo, devotos parciales y varios miembros del Senado se esparcieron en todas direcciones para activar el reclutamiento. Sin embargo, en vísperas del encuentro decisivo, con César, no disponía de caballería. Acuciado por sus lugartenientes debió resignarse a reclutar 300 esclavos pastores de las Campiñas de Apulia, a fin de llenar este vacío.

El 7 de enero del 705 las fuerzas de ambos caudillos se hallaban a 80 millas aproximadamente de Roma. César había establecido sus cuarteles sobre la gran calzada pública con escasos efectivos que apenas alcanzaban a

5.000 hombres, en espera de que llegasen algunos refuerzos procedentes del grueso de su ejército estacionado en las Galias. El lugarteniente de Pompeyo, Apio Claudio, ocupaba Luceria, al frente de 7.000 infantes y 300 hombres de caballería. Sobre el Saona, el Loira y en Bélgica se hallaban acantonados cuerpos de ejército de César, que no habían sido convocados aún. Las reservas italianas de Pompeyo se habían ya puesto en marcha desde distintos lugares hacia los puntos de concentración.

Con su habitual penetración de los hechos de sus inmediatas repercusiones, César, juzgando que pronto entraría la primavera y que con ella los ejércitos pompeyanos de España invadirían la Galia Transalpina y que las fuerzas italianas las secundarían arrojándose sobre la Cisalpina, y reconociendo además la capacidad y experiencia tácticas de su contrincante, resolvió, como había sido doctrina de Aníbal en estos casos, realizar la atrevida operación de atacar de inmediato a ese invierno a un enemigo más numeroso y que contaba con mayores e inmediatas posibilidades de apoyo. Sin vacilar, avanzó velozmente por la ruta Pompilio - Flaminia, que partiendo de Rávena se prolongaba a lo largo de la Costa hasta Famun, y allí se dividía, dirigiéndose un ramal al oeste por la garganta de Furlo, hacia Roma, y otro al Sur, rumbo a Anconia y Apulia. Su lugarteniente Marco Antonio marchó simultáneamente sobre Roma por la vía de Arretium. Su golpe de audacia no tropezó con resistencia alguna en ninguna parte, pues el Pretor, Quinto Municio Termo, encargado de la defensa de Iguvium con 2.000 hombres, emprendió un repliegue con apariencias de fuga. Su avance en pleno invierno llevó a la vanguardia de Caballería de César a 28 millas de Roma. Pero con su visión fulgurante del momento, sopesó las ventajas que podría derivar si se lanzaba sobre Roma, que estaba siendo evacuada por Pompeyo a toda prisa o se dirigía contra las dos legiones que éste mantenía estacionadas en Luceria. Sin dilación, optó por lo segundo. A su alrededor todo estaba sobre las armas, en medio del pánico y desconcierto que infundía su proximidad. La plaza de Auximum (osimo), que se hallaba defendida por Publio Accio Varo con una fuerte guarnición, fue abandonada apresuradamente a petición del Senado para alejar la guerra. Carmerinum que albergaba 3.000 reclutas con Cayo Lucilio Hirro a su frente y Ausculum a cargo de Publio Léntulo con 5.000 soldados, también abandonaron el campo rápidamente. Ante estas defecciones Pompeyo des-

taó un oficial de confianza por su reconocida experiencia, Lucio Bíbulo Rufo, para que restableciera el orden en aquella zona. A pesar de su diligencia, éste sólo pudo reunir de 6.000 a 8.000 reclutas, con los que se encerró en Corfinio, centro de reclutamiento. Con esta medida logró concentrar bajo sus órdenes cerca de 15.000 reclutas. Pero toda resistencia se resquebrajó sin embargo ante el anuncio de que César al frente de 40.000 legionarios, había hecho su entrada en Pisenno. Este hecho aceleró la rendición de otras plazas con todas sus guarniciones. Incontenible, César continuó su avance hasta situarse frente a Brindis, que evacuó Pompeyo con 25.000 hombres para dirigirse a Grecia y hacerse fuerte en este teatro de operaciones. Llevaba consigo a varios miembros del Senado, junto con sus equipajes y riquezas. Esta retirada llevó a las filas de César no sólo a las tropas sino a las gentes principales, amigas del orden.

A pesar de tan hábiles maniobras los partidarios de Pompeyo se mantenían fuertes en los demás sitios de la República. Esto lo comprendió César y no dudó por un momento que el enemigo, fuerte en España con siete legiones, dueño de Grecia con otras tantas y disponiendo en Italia de poderosos contingentes, trataba de cogerlo entre dos fuegos.

Entonces César, siempre a la iniciativa, puso en movimiento su ejército del Rin, que contaba seis legiones de infantería y 4.000 veteranos germanos de caballería, haciéndoles marchar por la Gran Vía Romana, entre Narbona y Rosas, para confluír prontamente a Herda en el ángulo formado por el Acaris y el Cinga.

De aquí en adelante, en una serie de marchas y contramarchas, con diversas alternativas y reveses de ambos bandos, César tomó por asalto la ciudad de Marsella, después de un célebre sitio. Cruzó el Adriático en pleno invierno y destrozó en Farsalia al ejército pompeyano, cuyo jefe huyó a Egipto, donde fue asesinado al desembarcar en Pelusio.

Antes de hacer su entrada a Roma como vencedor, César emprendió la pacificación de todos los países donde los ejércitos devotos del Senado y de Pompeyo, continuaban la guerra. En África, desplegando sus dotes excepcionales de táctico, anonadó en Tapso a las huestes pompeyanas, que fueron borradas para siempre del campo de batalla. De allí pasó a España y aniquiló al ejército enemigo en Munda, tras una batalla reñidísima.

Sin enemigos en ningún frente, César se hizo dueño de Roma y del mundo. Fue nombrado dictador perpetuo y sus decretos tuvieron autoridad de ley. Sin tomar nuevos títulos, se apoderó de las altas magistraturas. Fue emperador sin llevar este nombre. Redujo el Senado a Consejo Cunsultivo, y elevó a novecientos el número de sus miembros, haciendo figurar a los de provincia. Para alejar a la plebe de la ciudad le distribuyó tierras, emprendió grandes obras públicas y fundó colonias. Reprimió los abusos y procuró más justicia en la administración.

Los romanos aceptaron su dominación gracias a su dulzura de carácter. Supo conquistar como nadie la voluntad de sus conciudadanos; arrojó lejos de sí todo rencor; dio cargos a sus enemigos y perdonó a todos los que se sometieron. Fue pues un déspota bienhechor, pero un tirano a los ojos de la nobleza desposeída.

Esta es, a grandes rasgos, la imagen que nos legaron los más grandes escritores que se han ocupado de Cayo Julio César. Tal parece como si los historiadores, ensayistas, dramaturgos, sociólogos - abrumados y conquistados por su recia personalidad, al ocuparse de sus hechos, hubieran llegado a la conclusión de que en él prevalecieron sus virtudes, su genialidad y su grandeza, por sobre sus actos y costumbres, inevitablemente ligados a las prácticas de una sociedad, que habiendo alcanzado la cumbre de la más alta civilización, llegó también a comulgar con las más bajas e innobles aberraciones, propias del fatal atardecer de todas las culturas.

Es por ello que no podemos, consecuentes con el respeto que nos merecen los historiadores de la antigüedad, por causa de la autoridad que les confiere esa fresca visión de los acontecimientos y de las gentes que poblaron el mundo de su época, pasar por alto el registro de aquellos hechos en que fueron testigos presenciales o que recibieron transmitidos por personas ligadas a una generación cercana a los acontecimientos.

Historiadores que creyeron ver en César un personaje que se elevó por sobre sus contemporáneos, registraron sus méritos y rindieron testimonio de sus notables condiciones de estadista, pero consignaron datos e informaciones que manchan su reputación, cubriéndola de indeleble y eterno aprobio. Entre otras afirmaciones sobre sus excentricidades, anotaron que su expedición a Bretaña fue impulsada por la esperanza de encontrar allí perlas, que se complacía en comparar de tamaño y pesarlás en sus manos;

que buscaba con increíble avidez las piedras preciosas, esculturas, estatuas y cuadros antiguos; que pagaba a precios exorbitantes los esclavos bellos y diestros, y que prohibía anotar estos gastos, porque lo avergonzaban a él mismo. Durante su gobierno en provincias disponía siempre de dos mesas: una para su alta servidumbre y otra para los altos magistrados romanos y personas más importantes del país. Su íntimo trato con el rey Nicomedes, dio origen a los conocidísimos versos de Calvo Lucinio "Gallias Caesar subegit, Nicomedes Caesarum. Ecce Caesar nuc triumphat, que subegit Gallias; Nicomedes non triumphat, que subegit Caeseram". (He aquí a César que triunfa porque sometió a los Galias y Nicomedes no triunfa, que sometió a César). Entre las acusaciones que le formularon Dolabella y Curión padre, que no merecen consignarse, el primero le llama "Rival de la Reina y plancha interior del lecho real" y Curión, "establo de Nicomedes y prostituta Bithinia". En los edictos de Bibulo, le trata de "Reina de Bithinia, en los que le censura a la vez su antigua afición por un rey y ahora por un reino".

C. Memmio le acusa de haber servido a la mesa de Nicomedes con los eunucos de este monarca y de haberle presentado la copa y el vino delante de numerosos convidados, entre los que se encontraban muchos comerciantes romanos cuyos nombres cita.

Sin embargo, es bien conocido que amó reinas, entre otras Eunoé, esposa de Bogud, rey de Mauritania, y según refiere Nasón, hizo lo mismo que a su marido numerosos y ricos regalos. Pero amó mucho más a Cleopatra, de quien tuvo a su hijo Cesarión y con la que frecuentemente prolongó comidas hasta la nueva aurora, y en nave suntuosamente aparejada hubiese penetrado con ella desde Egipto a Etiopía, si el ejército no se hubiera negado a seguirle.

Helvio Cinna, tribuno del pueblo, "manifestó a muchas personas que tuvo redactada y dispuesta una ley, que César le mandó proponer en su ausencia, por la que se le permitiría casar con cuantas mujeres quisiese, para tener hijos". En fin, tan desarregladas eran sus costumbres y tan notoria la infamia de sus adulterios, que Cusión, le llamó en un discurso: "marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos".

Al par de estas afirmaciones, hasta sus mismos enemigos aceptan que fue muy sobrio en el uso del vino, Catón, uno de sus más decididos oposi-

tores, lo confirmó en la siguiente frase: "De cuántos han querido derribar la República solamente César fue sobrio". C. Oppio dijo una vez, "que era tan indiferente a la calidad de los manjares, que habiéndole servido un día en un convite aceite rancio por fresco, él fue el único que no lo rechazó, y hasta repitió de él para que no se creyese achacaba al anfitrión descuido o grosería".

Sobre su figura, aspecto, trajes y costumbres se han conservado algunos datos: "Dícese que su estatura era elevada, blanca la tez, bien conformados los miembros, cara redonda, ojos negros y vivos, temperamento robusto, aunque en sus últimos tiempos acometíanle repentinos desmayos y terrores nocturnos que le turbaban el sueño. Dos veces también experimentó ataques de epilepsia estando desempeñando cargos públicos. Daba mucha importancia al cuidado de su cuerpo y no contento con que le cortasen el pelo y afeitasen con frecuencia, hacíase arrancar el vello, según le censuraban, y no soportaba con paciencia la calvicie que expuso más de una vez a las burlas de sus enemigos... Cuidadoso era también de su traje. Usaba lacti-clavia guarnecida de franjas que le llegaban hasta las manos, poniéndose siempre esta prenda con el cinturón muy flojo". El dictador Sila dijo una vez a este propósito: "Desconfiad de ese joven tan mal ceñido".

Si la historia no tratara de ser fiel reflejo de la vida de los seres humanos, de sus grandezas y miserias y de sus triunfos y fracasos, tal vez la verdad quedaría a merced del querer de todos aquéllos que por una u otra causa se ocuparon de ella.

Infortunadamente casi todos los biógrafos suelen apoderarse de sus personajes favoritos para transmitirles sus propios sentimientos, amarlos u odiarlos, ensalzarlos o vituperarlos. Algunos, según su interpretación de la ética y de sus conveniencias han puesto su pluma y su ingenio al servicio de dictadores, de causas interesadas o de personajes ansiosos de destruir personalidades o en forjar imágenes acomodaticias.

Con la vinculación a la historia de las ciencias contemporáneas, la realidad de los acontecimientos se acerca cada día más a la verdad y comienza a desechar los sentimientos personales de sus intérpretes, para dar paso a consideraciones que se aproximan cada vez más al fiel recuento de los hechos de los hombres en la "eterna confluencia de los tiempos".

El maestro Ortega y Gasset expresó en una ocasión, que las gentes en vez de preguntarse qué habría ocurrido si César no hubiera muerto de las 23 puñaladas que le propinaron en el Senado, más bien debieran cuestionar por qué le dieron de puñaladas en los fatídicos IDUS de marzo del 44.